

AGENDA CIUDADANA

EL MIEDO COMO POLITICA

Lorenzo Meyer

El Tema.- Hoy el miedo no es la esencia de la política mexicana pero hubo momentos en que lo fue y, en principio, siempre existe la posibilidad de que vuelva a serlo, sobre todo si fracasara el esfuerzo por arraigar entre nosotros el régimen democrático. Es de desear que ésto nunca ocurra, pero siempre hay que tener en cuenta la conexión entre la política y el miedo, sobre todo porque a nivel internacional ha vuelto a ser un factor determinante.

La esencia del juego del poder es la competencia entre actores por recursos escasos. En el trasfondo de esa lucha existe la posibilidad de la presión o la violencia --legítima o no— para imponer la voluntad e intereses de unos sobre otros. En cualquier caso, esa imposición depende en mucho de la efectividad con que unos --generalmente la minoría— puedan inducir a los otros --básicamente la mayoría-- a la obediencia generándoles sentimientos de temor o terror. El miedo no es el único sentimiento activo en la política y solo excepcionalmente es su componente central, pero históricamente no se puede entender el poder sin tomar este componente. Dependiendo de las circunstancias, miedo y política son conceptos que pueden o no estar directamente unidos, y lo deseable es mantenerlos distantes.

El miedo es una angustia provocada por la anticipación de un peligro real o imaginado que, en grado extremo, se convierte en pánico o terror. Aún cuando sería ideal una vida pública libre de temores, civilizada y dominada por el altruismo en realidad, a lo más que se puede aspirar es a que la polis mantenga al miedo alejado de su vida cotidiana y donde ese sentimiento sea innecesario debido a que las disparidades y contradicciones entre clases y grupos sean mínimas y que a ningún actor le convenga despertarlo.

Si el temor es consustancial a la política, sorprende que sean tan pocos los teóricos que han emprendido reflexiones sistemáticas sobre ello, por lo que es bienvenido el libro Fear. The History of a Political Idea, (Oxford University Press, 2004), de Corey Robin, profesor de la City University of New York. La obra revisa a un pequeño grupo de clásicos de la cultura occidental para explorar ese sentimiento que el hombre comparte con los animales --elemento clave del instinto de conservación-- y que ha sido central en la construcción, mantenimiento y destrucción de muchas estructuras de poder.

La Propuesta.- Robin toma como hilo conductor la reflexión crítica sobre la evolución de la idea del miedo político en cuatro grandes pensadores europeos: Tomás Hobbes, un inglés del siglo XVII, Montesquieu y Alexis de Tocqueville, franceses de los siglos XVIII y XIX respectivamente y Hanna Arendt, alemana del siglo XX. No eran los únicos autores posibles, pues el tema se puede encontrar lo mismo en los clásicos griegos que en Maquiavelo o en Nietzsche, pero el cuarteto propuesto es bastante representativo de la evolución de la idea del miedo como política.

La Escuela Realista o el Miedo como Origen y Sostén de la Estructura Social.- Para Robin, la propuesta más importante es la de Hobbes, el conservador inglés que diseñó todo un esquema teórico partiendo de la idea del “estado de naturaleza”, esa condición donde el hombre está en guerra permanente con el hombre y donde la fuerza bruta es el factor que determina la naturaleza de la existencia individual y colectiva. En esas condiciones la vida se caracteriza por ser corta, brutal y donde el miedo es el sentimiento dominante pero sin alcanzar algún valor constructivo. Hobbes se propuso dárselo.

Hobbes nació en vísperas del intento de la “Gran Armada” española de conquistar Inglaterra y luego vivió la dureza de la guerra civil de ese país --“The Glorious Revolution”--, de ahí su obsesión por encontrar un fundamento para lograr y mantener lo que, desde su

perspectiva, era el bien social más importante: la paz y el orden internos. Para tal fin no encontró nada más sólido que el miedo institucionalizado desde la cúspide de una estructura de poder con un fin moral. Fue en la capacidad del príncipe y del Estado --del monstruoso Leviatán-- para despertar y sostener un temor entre sus súbditos a fin de imponer su voluntad, donde Hobbes encontró el instrumento para crear la seguridad y confianza colectivas de un orden social que, a su vez, era el elemento necesario e insustituible para propiciar una vida productiva y civilizada.

La Escuela Liberal o el Miedo como Terror.- Robin ve en los otros tres autores el desarrollo de una misma idea: el miedo político como algo destructivo de la moral colectiva, el miedo como terror. Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu y teórico del liberalismo, es presentado como el primer gran revisionista de Hobbes. Para este aristócrata, resentido por la manera como la monarquía absoluta había expropiado en su favor los derechos de la nobleza, el miedo político nace de la voluntad del déspota por imponerse sobre el resto de la sociedad a costa de la ley y las instituciones, lo que afecta negativamente al interés general. El único remedio, según Montesquieu, es combatir el fuego con el fuego, es decir, combatir el poder político con otro poder político. Impedir la concentración del poder al estilo Luis XV mediante su división institucional --el legislativo como neutralizador de los excesos del ejecutivo-- constituye la forma única de mantener bajo control la ambición desmedida del déspota.

Montesquieu, como Hobbes, vio en el príncipe el origen del miedo político, pero tras la Revolución Francesa, Napoleón y una visita a Estados Unidos en el siglo XIX, Tocqueville encontró y analizó otra fuente de miedo: una que no se localiza en el tope sino en la base de la pirámide social, en las masas del nuevo régimen democrático. Esa fuente es la “inquietud” o “ansiedad” que tiende a surgir en el individuo común cuando no tiene

claridad en cuanto a su rol en una sociedad de masas. Y aquí los que tienen que temer, son las minorías que disienten de las mayorías (en 1929 José Ortega y Gasset reformuló el problema desde esta perspectiva del liberalismo elitista en La rebelión de las masas). El resultado final de ese estado de ánimo del individuo atomizado bien puede ser el apoyo a un Estado mucho más intrusivo y dictatorial que el del viejo régimen. El vago temor de los muchos puede terminar creando un mundo de miedo político en beneficio de los pocos.

Hanna Arendt, en reacción a dos de las grandes y catastróficas experiencias políticas del siglo XX --los totalitarismos de la Alemania nazi y de la Rusia estalinista—, desarrolló la teoría del “terror total”. En el siglo XX y en ciertas circunstancias, la ansiedad que se instaló en el individuo dentro de la sociedad de masas y que percibió Tocqueville, desembocó en un gran terror burocrático guiado, como nunca antes, por ideologías extremas que, en principio, usaron en favor de una elite las necesidades de seguridad psicológica y material del individuo agobiado por la anomia y las crisis. En el totalitarismo moderno la deshumanización resultó extrema y abarcó tanto a las víctimas del Gulag o de Auschwitz como a sus verdugos. Ahí, miedo y política llegaron a ser sinónimos.

El Miedo y el Sistema Político Norteamericano Contemporáneo.- Pero el objetivo de Robin no es sólo presentar --y criticar-- la visión del miedo político en los clásicos, sino llevar el tema y la crítica a la actualidad de su país: Estados Unidos en los siglos XX y XXI.

El centro de la tesis presentada en Fear, es que este factor se explica menos como resultado de la “ansiedad colectiva” o de la “soledad del individuo dentro de la masa” y más por el uso que las minorías dominantes hacen de los temores e inseguridades colectivas para crear y mantener miedos funcionales, pues la identificación de enemigos internos y externos les permitan legitimar y perpetuar su posición privilegiada como líderes insustituibles de una gran lucha global y moral. Así, la existencia de la Unión Soviética en la Guerra Fría fue

la gran legitimadora del sistema capitalista y de la democracia pero también de la desigualdad social. Frente al horror soviético, la desigualdad de Occidente apareció como *peccata minuta*. Por tanto, la desaparición de la URSS creó un auténtico problema de legitimidad para los gobernantes norteamericanos, pues abrió la posibilidad de que las viejas contradicciones internas pudieran ocupar el lugar central en la dinámica política que antes había tenido el anticomunismo.

Robin muestra como ni siquiera las salvaguardias del liberalismo --la división constitucional de los poderes y el pluralismo--, pudieron evitar el uso brutal del miedo contra los negros en el sur norteamericano, el macartismo o el empleo político del FBI en favor de los intereses de personajes como Edgar J. Hoover como parte de la Guerra Fría. La sociedad plural y democrática --y esta es la parte más interesante del libro--, tiene muchos intersticios por donde los pocos pueden introducir e instrumentalizar el miedo en perjuicio de los muchos y a favor de sus intereses individuales o de pequeño grupo.

Hoy, la aparición del terrorismo islámico ha revivido condiciones que permiten recrear el contraste positivo de Estados Unidos y sus aliados, así como de la globalización y el mercado, frente a una fuerza externa considerada maléfica: esta vez, el fundamentalismo islámico o las imaginarias armas de destrucción masiva del régimen de Saddam Hussein en Irak. Entre otras muchas cosas, esta lucha contra el terrorismo islámico y la invasión de Irak, puede terminar por servir no sólo a la defensa muy legítima de los valores democráticos y del Estado laico, sino también para justificar y sostener con apoyo mayoritario, el control del aparato de poder norteamericano en manos de un grupo particularmente conservador que favorece la preservación y radicalización de una política económica y social que beneficia en extremo a unas minorías ya de por sí muy privilegiadas, dentro y fuera de Estados Unidos.

Una Lección Para Nosotros.- Si se toma la esencia del argumento de Robin y se aplica al caso particular mexicano, resulta claro que aquí también ha funcionado un cierto tipo de política del miedo a favor de minorías. Pero lo más inquietante es que, pese al reciente cambio de régimen, se vuelven a dar condiciones que podrían desembocar en un nuevo capítulo de nuestra historia de miedo político.

Por un lado, el muy razonable y genuino temor ante la ofensiva del crimen, organizado o no, en todo el país, y el fracaso de los gobiernos locales y nacional para combatirlo, bien puede hacer que el espíritu de Hobbes tome fuerza entre nosotros y alguien aproveche el clamor por una mano fuerte, con poder más allá de los límites democráticos, para ofrecer garantizar la seguridad personal a cambio de mayor dominio, tal y como lo propuso Hobbes en el caótico siglo XVII europeo.

En el pasado reciente, en 1968, 1971 y el decenio que siguió, los gobiernos autoritarios pudieron presentar las exigencias de un cambio en la naturaleza del sistema prevaleciente, como amenazas del comunismo internacional a la seguridad de la nación y del Estado y no del régimen priísta y de su corrupta red de alianzas e intereses. En 1994 la política del miedo volvió a ocupar, aunque brevemente, un lugar central cuando el surgimiento de la insurgencia zapatista y el asesinato del candidato oficial a la presidencia, fueron muy bien empleados por el gobierno y su partido para asegurar el triunfo del candidato del PRI por 13ª vez consecutiva.

Hoy, de cara a la elección del 2006, ya está en marcha una incisiva campaña desde la derecha para despertar y colocar en el centro de la contienda el miedo al populismo, de tal manera que el resultado de la elección no ponga en riesgo la continuidad de un modelo particularmente concentrador del ingreso y la injusticia.

En fin, que sigue siendo muy válida la advertencia que hizo en 1851 Henry David Thoreau y que fue citada en su discurso inaugural por Franklin D. Roosevelt en 1933 en plena Gran Depresión: “De nada hay que tener más miedo que del miedo mismo”.